

# La persona de Cristo

Takeshi Nidaira, Japón

“Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos”  
He 13:8

## I. La confesión cristiana sobre la persona de Cristo

La iglesia cristiana tiene una afirmación bien resumida sobre la persona de Cristo. Es el Segundo Artículo del Credo Apostólico. Con este artículo y muchas otras afirmaciones fieles derivadas de la Biblia, confesamos las verdades acerca de la persona de Cristo frente a las herejías. Como saben, el Segundo Artículo dice: “Creo en Jesucristo, su único Hijo (de Dios), nuestro Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. Lutero explica clara y maravillosamente el significado del Segundo Artículo: “Creo que Jesucristo, **verdadero Dios**, engendrado del Padre en la eternidad, y también **verdadero hombre**, nacido de la Virgen María, es mi Señor”.

El Credo Apostólico no fue escrito ni recogido por los apóstoles como se había dicho en la Edad Media. El Profesor Kuske dice: “El Credo Apostólico se desarrolló en la iglesia cristiana antigua porque la gente sentía la necesidad de tener un resumen breve de lo que creían y enseñaban como cristianos. Las palabras del Credo Apostólico se desarrollaron gradualmente, pero pronto se usaba en todas partes en donde se había extendido la iglesia cristiana. Los cristianos lo usaban para decir a otros lo que creían y también para confesar su fe unos a otros cuando se reunían para la adoración.” (Luther’s Small Catechism, Revised Edition, NPH, p. 131). La verdad de que los apóstoles no escribieron el Credo Apostólico, sin embargo, no quita el valor del Credo, porque lo que dice el Credo Apostólico está de acuerdo con lo que los apóstoles creían, confesaban y enseñaban. En otras palabras, es bíblico.

Inmediatamente antes que ascendió al cielo, Jesús dijo a los apóstoles: “Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y **me seréis testigos** en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. (Hch 1:8). Esta promesa y profecía se cumplió diez días después de la ascensión de Jesús, es decir, en el día de Pentecostés. Todos los apóstoles se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otros idiomas como el Espíritu les daba qué hablar (2:4). Algunas de las personas que estaban en el templo en Jerusalén oyeron a los apóstoles hablando en idiomas “nativos de los diferentes lugares representados” (Concordia Self Study Bible, p. 1657), se burlaron de ellos diciendo: “Están borrachos” (2:13). Luego Pedro dijo a la gente que él y los demás apóstoles no estaban borrachos, y predicó con valentía el mensaje acerca de Jesucristo. Pedro distinguió correctamente la ley y el evangelio y el Espíritu Santo obró por medio de su mensaje. “**Los que recibieron su palabra fueron**

**bautizados**, y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hch. 2:41). Por inspiración Lucas escribió no sólo ese hecho, sino lo que los cristianos en la primera mitad del siglo primero creían, confesaban, enseñaban y practicaban. Lucas dice en Hechos 2:42: “**Perseveraban en la doctrina de los apóstoles**, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

¿Qué significa la frase “la doctrina de los apóstoles” en Hechos 2:42? ¿Es una enseñanza que se originó con los apóstoles? ¡De ningún modo! Porque, según la Gran Comisión del Señor, enseñaban a los creyentes de su tiempo a **obedecer todo lo que Jesús había mandado** (Mat. 28:30), y Jesús dice que **sólo los que retienen su doctrina son realmente sus discípulos** (Juan 8:31). Después que los apóstoles se convencieron de la resurrección de Jesús, especialmente después de Pentecostés, fueron fieles al Señor aun hasta la muerte y confesaron con valentía su fe en Jesús. Cuando el Sanedrín amenazó a Pedro y a Juan y “les ordenaron que en ninguna manera hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús”, estos dos apóstoles contestaron: “No podemos dejar de decir **lo que hemos visto y oído**” (Hch 4:18,20). Se dice que San Pedro escribió 2 Pedro entre **65 y 68 d.C.** (Concordia Self Study Bible, p. 1916). En 2 Pedro 1:12-15 Pedro implica que está cerca el día en que morirá como mártir para Jesús (vea Juan 21:18). Al final de su vida, Pedro recordó a los cristianos de ese tiempo que **el poder y la venida de Jesucristo de que él les había hablado no eran fábulas artificiosas** y que **era un testigo ocular de la transfiguración de Jesús** (2 P 1:16-18). Luego, Pedro los animó a mantenerse fieles a la enseñanza de Jesús, diciendo: “Tenemos también **la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos** como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (1:19).

San Juan también siguió adhiriéndose a la doctrina de Jesús y era un buen testigo de Jesús. Escribe en Juan 20:31: “Pero estas (todas las cosas en su Evangelio) se han escrito para que creáis que **Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios**, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”. En sus años más avanzados Juan estuvo exiliado en la Isla de Patmos en el mar Egeo debido a **sus actividades como misionero cristiano** y allí escribió el Apocalipsis “**a mediados de la década de los noventa del primer siglo** después de Cristo” (Biblia Popular, Apocalipsis, Wayne Mueller, NPH). En el último capítulo de Apocalipsis, Juan advirtió a todos los que oyeran las palabras de la profecía de ese libro en contra de cambiar siquiera una palabra, diciendo: “**Si alguno añade a estas cosas**, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. **Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía**, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Ap 22:18-19).

La actitud fiel de Pedro y Juan hacia la “doctrina” de Jesús, es decir, la palabra de Dios, no es algo nuevo que podemos encontrar sólo en la fe de los apóstoles. Moisés, uno de los líderes famosos del pueblo de Dios en los tiempos del Antiguo Testamento también advirtió al pueblo acerca de la ley de Dios: “**No añadiréis a la palabra que yo os mando ni disminuiréis de ella**, para que guardéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os ordeno” (Dt 4:2). Cuando Dios llamó a Ezequiel para profetizar a los israelitas rebeldes, dijo al profeta: “**Les hablarás, pues, mis palabras, ya sea que escuchen o que dejen de escuchar**, porque son muy rebeldes” (Ez 2:7). Dios dijo a Jeremías: “**Dirás**

**todo lo que te mande**” (Jr 1:7). Podríamos hablar de muchos ejemplos más de profetas fieles que enseñaron y animaron al pueblo de Dios a adherirse a la palabra de Dios.

Volvamos más bien al asunto del cual San Juan escribe en Apocalipsis 22:18-19). El Pastor Wayne Mueller tiene un buen comentario sobre estos pasajes. Escribe: “**La advertencia de Juan**, por supuesto, **se aplica a la manera en que tratamos a toda la Escritura.**” (Biblia Popular, Apocalipsis, NPH). Todas las iglesias que son miembros de la CELC están de acuerdo con él porque, según la Biblia, todo el que agrega algo y quita algo de ella es un falso profeta. Por supuesto, **esta regla también vale cuando se trata de lo que dice la palabra de Dios acerca de la persona de Cristo.**

Debemos notar que San Juan, como el último apóstol, otra vez enseñó cómo tratar la palabra de Dios. Esta regla seguramente fue transmitida por el último apóstol a los padres de nuestra iglesia. Permítanme citar de la Triglotta.

Los escritores cristianos de los primeros tres siglos, además, dan bastante prueba de los siguientes hechos: que desde el principio mismo de la iglesia cristiana a los candidatos para el bautismo en todas partes se les exigía dar una confesión de su fe; que desde el principio existía en todas las congregaciones una confesión formulada, que llamaban la regla de la fe, la regla de la verdad, etc.; que esta regla era idéntica a la confesión que se exigía de los candidatos para el bautismo; que se declaró que era de origen apostólico; que los resúmenes y explicaciones de esta regla de la verdad que estos escritores daban están de acuerdo con el contenido, y hasta cierto punto el modo de expresión del Credo Apostólico; que las congregaciones cristianas esparcidas, todavía autónomas en ese tiempo, consideraban la adopción de la regla de la fe como la única condición necesaria para la unidad y el compañerismo cristiano.

La Triglotta sigue:

La manera en que Clemente, Ignacio, Policarpo, Justino, Aristides y otros escritores cristianos antiguos presentan la verdad cristiana a menudo nos recuerda el Credo Apostólico y sugiere su existencia. Así Justino Mártir, que murió en 165, dice en su primera Apología: “Nuestro maestro de estas cosas es Jesucristo, quien también nació con este propósito y fue crucificado bajo Poncio Pilato, el procurador de Judea, para que le adoremos razonablemente, después de aprender que él es el Hijo mismo del Dios verdadero, y teniéndolo en el segundo lugar, y el Espíritu profético en el tercero”. “Alabanza eterna al Padre de todos, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo”.

También dice la *Triglotta*:

Ireneo, que murió en 189, fue alumno del mártir Policarpo; y lo que aprendió de él, **Policarpo había recibido del apóstol Juan.** Policarpo,

dice Ireneo, “enseñó las cosas que había aprendido de los apóstoles, y que la iglesia ha transmitido, y que solamente son la verdad”. Según Ireneo, entonces, la “regla de la verdad” que cada cristiano recibía y confesaba en su bautismo fue transmitida por los apóstoles (Triglotta, CPH, 1921, p. 10-11).

La *Triglotta* tiene muchos detalles más de la historia del Credo Apostólico; sin embargo, por los hechos mencionados es claro que la enseñanza de las dos naturalezas de Jesús — verdadero Dios y verdadero hombre — Jesús la transmitió correctamente a los apóstoles, y los apóstoles a los padres de la iglesia. Por eso la *Triglotta* concluye que el fundamento del Credo Apostólico lo puso Cristo mismo cuando les dio la Gran Comisión.

## II. Las dos naturalezas de Cristo

### (a) La verdadera deidad de Cristo

Cuando hablamos de las dos naturalezas de Jesús, nos convendría notar que él, que es el único verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo desde toda la eternidad, tomó un cuerpo humano. No es que un hombre se haya convertido en un Dios. Todos los que aceptan los libros canónicos del Antiguo y el Nuevo Testamentos como la palabra inspirada e inerrante de Dios (Constitución de la CELC, Artículo II, Sección 1) tienen la confianza **por el testimonio de Dios Padre** de que Jesús es el verdadero Dios. Jesús llegó a este mundo para destruir la obra del diablo (1 Jn 3:8). Al mismo comienzo de su ministerio, Jesús dijo a Juan el Bautista que lo bautizara. Convenía hacerlo para cumplir toda justicia (Mat. 3:15). Cuando Jesús salió del agua, el Padre declaró: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mat. 17:5; 1 Pedro 1:17). Con esto el Padre proclamó que Jesús era **su Hijo**.

**El testimonio de Jesús mismo** también nos da la confianza de que él es el verdadero Dios. En Juan 8:58 Jesús dice a los judíos: “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuera, yo soy” Las palabras “Yo soy” que pronuncia Jesús no son sólo un pronombre y un verbo para unir el sujeto y el predicado. Cuando Dios apareció a Moisés en Horeb, dijo a su siervo: “YO SOY EL QUE SOY” (Éx. 3:14). Dios es completamente independiente y existe en y por sí mismo. Dios es un ser personal. No está limitado por el tiempo. El Prof. Ernst Wendland tiene un comentario bueno e interesante sobre Éxodo 3:14:

Los que están familiarizados con el idioma hebreo verán algo más de gran significado en el “YO SOY” de Dios. Las letras de la raíz hebrea para la palabra “yo soy” son las mismas letras que se usan en la palabra hebrea que traducimos como “Jehová”. La Nueva Versión Internacional lo traduce “SEÑOR”. (Biblia Popular, NPH, Ernst Wendland, p24)

Es decir, Jesús en Juan 8:58 aplicó la frase “YO SOY” de Éxodo 3:14 a sí mismo y con solemnidad afirmó la eternidad de su existencia y su unidad con el Padre. Además, Jesús

en Juan 10:30 dice: “El Padre y yo uno somos”. Aquí quiero citar de la *Concordia Self Study Bible*.

Uno, el griego es neutro — “una cosa”, no “una persona”. **Los dos son uno en esencia o naturaleza, pero no son personas idénticas.** Esta gran verdad es lo que autoriza la declaración de Jesús de “yo soy”. (CSSB, nota al pie de la página, p. 1627).

Tenemos también más testimonio. Como el líder de la corte judía, Caifás, el sumo sacerdote, preguntó a Jesús si él era el Cristo, el **Hijo de Dios**. Jesús respondió: “Tú lo has dicho. (Mt 26:64). Debemos notar que en cada caso los Judíos entendían lo que Jesús quería decir pero no lo creían. Más bien, pensaban que Jesús había blasfemado a Dios. Por eso intentaron apedrearlo (Juan 8:59; 10:31) y finalmente lo crucificaron.

**La autoridad de perdonar pecados también prueba la divinidad de Cristo.** Mientras Jesús se quedaba en Capernaúm, le llevaron un paralítico. Jesús no dijo al paralítico: “sanaré tu enfermedad”, sino dijo: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. Como algunos maestros de la ley oyeron esto, pensaban dentro de sí: “¿Por qué habla este de ese modo? Blasfemias dice. **¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?**” (2:7). Porque Jesús es el Dios que todo lo sabe, sabía lo que pensaban en sus corazones. Luego Jesús dijo al paralítico para mostrar que tenía la autoridad de perdonar los pecados: “Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa” (2:11). El hombre se levantó, tomó su camilla y a la vista de todos ellos salió caminando (2:12). Estamos de acuerdo en que sólo Dios puede perdonar los pecados, pero no queremos imitar la incredulidad de los maestros de la ley. Creemos que Jesús es verdadero Dios. De hecho, Jesús vendrá otra vez a juzgar a los vivos y a los muertos (Mat. 25:31).

Sabemos que Jesús hizo muchos milagros. En la boda que sucedió en Caná, Jesús cambió el agua en vino (Juan 2:1-11). Jesús sanó a un niño que se estaba muriendo (4:46-54). Alimentó a los cinco mil hombres (6:1-14). Sanó en Siloé a un hombre que había nacido ciego (9:1-7). También sanó a muchos más. **Jesús hizo estos milagros para revelar su gloria como el Hijo de Dios** (3:11; 10:25). En la noche en que Jesús fue traicionado, Felipe le dijo: “Señor, muéstranos el Padre y nos basta”. Jesús respondió: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (Jn 14:11). No debe ser necesario mencionar que su propia resurrección de la muerte es uno de esos milagros.

Antes de terminar esta sección acerca de la verdadera deidad de Cristo, quisiera mostrar algunos otros testimonios del Antiguo y el Nuevo Testamentos. Isaías 7:14 y 9:6 son pasajes famosos que se refieren a la naturaleza divina de Jesús. En Isaías 7:14 el profeta llama al bebé que es el Salvador prometido y que nacerá de la virgen María “**Emanuel**”. Según Mateo 1:23 la palabra “Emanuel” significa “**Dios con nosotros**”. Y en 9:6 llama al bebé “Dios fuerte, Padre eterno”.

San Juan comienza su Evangelio con la frase solemne que nos recuerda la historia de la creación en el primer capítulo de Génesis. Escribe: “**En el principio era el Verbo,**

el Verbo estaba con Dios y **el Verbo era Dios**. Este estaba en el principio con Dios. **Todas las cosas por medio de él fueron hechas**” (Jn 1:1-3a). Juan sigue: “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él; pero el mundo no lo conoció” (Jn 1:10). Aun si no conocemos el griego, por el contexto es obvio que Juan se refiere a Jesús. **Juan le atribuye a Jesús nombres divinos, atributos divinos y obras divinas.**

(b) La verdadera humanidad de Cristo

La primera promesa del Salvador está escrita en Génesis 3:15. Dice: “Pondré enemistad entre ti (Satanás) y la mujer (Eva), y entre tu simiente y **la simiente suya**; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón. (Gn 3:15). Sabemos por este evangelio que el Salvador se llama “**su simiente**” de Eva. Es decir, **el Salvador es un verdadero ser humano que nacerá de una mujer**. Esta promesa también nos habla de la pasión del Salvador y su victoria sobre Satanás. Sin embargo, no sabemos por Génesis 3:15 más acerca de quién es el Salvador. No obstante, Dios gradualmente va explicando esta promesa y la hace específica por medio de los profetas.

Digamos que estamos viendo el plan salvador de Dios por una cámara réflex. Cuando enfocamos Génesis 3:15 las escenas lejanas (planes) no están bien enfocadas y son vagas. Así, enfoquemos Génesis 12:1-3. Dice: “Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande ... Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. Estos pasajes nos dicen que Dios escogió a Abraham (Abram) como el antepasado del Salvador; que Dios le proporcionó tres promesas. Dios prometió que le daría un país a Abraham y sus descendientes; que multiplicaría sus descendientes; que el **Salvador nacería de entre los descendientes de Abraham** (vea Gn 22:18; Gl 3:16). Abraham se convirtió en el padre de muchas naciones (Gn 25:1-4, 13-18), sin embargo, el Salvador nacería como fue prometido **en Canaán, de los israelitas, los descendientes de Abraham**.

Luego enfocamos Jeremías 23:5,6. Dios aquí declara: “Vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso y actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual lo llamarán: Jehová, justicia nuestra” (Jr 23:5-6). Un renuevo justo es uno de los títulos del Salvador. De entre las doce tribus de Israel se escogió la de Judá como la tribu de la cual nacería el Salvador. Y de las muchas familias de la tribu de Judá, Dios escogió el linaje de David como el de que nacería el Salvador (vea Gn 49:10; Is 11:1-5). Nacería como un descendiente del rey David **en Belén** (Mq. 5:2)

Finalmente, enfocamos los conocidos pasajes, Lc 2:11,12. “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis **al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre**”. Sus padres dieron a este bebé el nombre de Jesús. Este nombre personal significa el que “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1:21). Su genealogía fue especialmente importante para los judíos en vista de esta profecía del Salvador y las anteriores. Por eso, Mateo escribió justo al principio

de su Evangelio la genealogía de Jesús. Como fue prometido, el Salvador, Jesús, nació de una mujer que era descendiente de Abraham y de David. También el padre legal de Jesús, José, era de ese linaje.

El Nuevo Testamento contiene muchos detalles más acerca de la humanidad de Jesús. Fue **circuncidado** al octavo día (Lc 2:21). **Creció en sabiduría y estatura** (Lc 2:52). **Tuvo hambre** (Lc 4:2); **comió y bebió** (Lc 7:34,36); **durmió** (Mc 4:38). Jesús **tuvo una voluntad** (Lc 22:42); **tuvo emociones** (Jn 11:33); **lloró** (Jn 11:35). Cuando Jesús oró en el huerto de Getsemaní, dijo: “Entonces Jesús les dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mt 26:38). Jesús **murió** en la cruz (Jn 19:30) y **fue sepultado** (19:42). Así, la Biblia atribuye a Jesús una naturaleza humana. Tuvo el mismo cuerpo como nosotros, que consistía en carne y sangre y huesos (Lc 24:39; Jn 19:33-34). Una gran diferencia entre Jesús y todos los seres humanos es que él no tuvo pecado, puesto que había sido concebido por la obra milagrosa del Espíritu Santo. “La iglesia cristiana desde el comienzo ha creído y confesado que **Jesucristo fue concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María**” (Christian Dogmatics, Vol II. CPH, Francis Pieper, p. 72.” Otra gran diferencia es que **no tenía que morir**.

Por esa razón, **rechazamos todas las enseñanzas no bíblicas** de que el nacimiento virginal de Jesús no es una historia verdadera; que Jesús sólo parecía ser un ser humano, pero no lo era en realidad; que Jesús tuvo sólo un cuerpo; que tuvo sólo un alma humana; que no tuvo voluntad y emociones humanas, etc.

### III. La unión personal de las dos naturalezas en Cristo

Conocí por casualidad a un hombre de negocios canadiense. No sé cómo se llama, ni en dónde vive. Sin embargo, nunca olvidaré que lo conocí, porque es el primer “cristiano” que me dijo: “Soy cristiano, pero no creo que Jesús haya nacido de una virgen”. Si un japonés típico hubiera dicho eso, no me hubiera sorprendido, porque muchos japoneses se creen budistas y no creen en Jesús. ¿Es la fe de ese hombre y la nuestra la misma? Yo diría que “no”. Mientras tratamos de comprender el nacimiento de Jesús de una virgen según la razón, nunca podremos convencernos de la verdad de que “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley” (Gl 4:4); que **las naturalezas divina y humana fueron personalmente unidas una con la otra cuando Dios el Hijo fue concebido en el vientre de María y se hizo hombre**.

La unión personal de las dos naturalezas en Cristo es **un misterio grande y profundo** (1 Tm 3:16). La Fórmula de Concordia dice: “Después del artículo de la Santa Trinidad es éste [la unión personal o la comunicación de las dos naturalezas en la persona de Cristo] el más grande misterio en el cielo y la tierra” (Libro de Concordia, Dec. Sól., VIII, 33, p. 649). La Fórmula de Concordia tiene muchos detalles más sobre este asunto, pero permítanme citar de Koehler. Él explica brevemente la unión de las dos naturalezas en Cristo como sigue:

Las dos naturalezas no están así mezcladas y confundidas como para formar una nueva composición; ni la una se ha transformado en la otra,

perdiendo su propia identidad; sino que, como el cuerpo y el alma, ellas permanecen distintas. Tampoco ellas existen una al lado de la otra, como dos tablas pegadas sin tener ninguna comunicación e interrelación la una con la otra; sino que, repetimos, como el cuerpo y el alma, la naturaleza divina de tal manera penetra e impregna la naturaleza humana y la naturaleza humana es de tal naturaleza penetrada e impregnada por la naturaleza divina que ambas forman una persona. “Como el alma racional y la carne es un hombre, así Dios y el hombre es un Cristo” (Credo de Atanasio). (*Compendio de la Doctrina Cristiana*, Edward W. A. Koehler, Concordia: 1993, p. 122-123).

San Juan describe esta unión personal con estas palabras fáciles de entender: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y **vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre**” (Jn 1:14). San Pablo escribe: “Al Padre agradó que **en él habitara toda la plenitud**” (Col 1:19). En Cristo, “**habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad**” (2:9). Debido a esta unión inseparable personal de naturalezas distintas, las dos afirmaciones son correctas cuando Juan dice: “Este (Jesús) es **el verdadero Dios**” (1 Jn 5:20), y Pablo llama a Jesús “Jesucristo hombre” (1 Tm 2:5; Rm 9:5).

#### IV. La comunión de los atributos

Creemos confesamos y enseñamos otra cosa importante acerca de la Persona de Cristo. Ésta es la comunión de los atributos de las naturalezas de Jesús. Después de amplificar la unión personal, la Fórmula de Concordia dice:

De esta verdad fundamental que acabamos de mencionar al explicar la unión personal, vale decir, de esta manera como están unidas en la persona de Cristo la naturaleza divina con la humana, de modo tal que no sólo comparten el nombre, sino que también tienen comunión entre sí, de hecho y en verdad, sin que una se mezcle con la otra ni se iguale en su esencia con la otra—de esta manera como están unidas en la persona de Cristo las dos naturalezas, emana también **la doctrina de *communicazione idiomatum*, esto es, la doctrina acerca de la comunión verdadera de las propiedades de las dos naturalezas.** (Libro de Concordia, Dec. Sól., VIII, 31, p. 649).

Creo que este asunto es la doctrina más difícil acerca de la persona de Cristo. También creo que la mejor manera de explicar este asunto es que “aceptamos y reiteramos las declaraciones hechas por la antigua iglesia ortodoxa, basadas sólidamente en la Escritura (Libro de Concordia, Dec. Sól., VIII, 61, p. 655)”. Por eso cito de la Fórmula de Concordia:

Primero, consta que en Cristo existen y permanecen dos naturalezas distintas, no transmutadas ni mezcladas en cuanto a su esencia y



propiedades naturales, y consta también, por otra parte, que ambas naturalezas conforman una sola persona. Por lo tanto, aquello que de hecho es propiedad de una sola naturaleza, no se atribuye a esta naturaleza sola, como por separado, sino a la persona íntegra, que es a la vez Dios y hombre (sea que se le llame Dios, y hombre).

Pero por esta forma de hablar no se sigue que lo que se atribuye a la persona, sea al mismo tiempo propiedad de ambas naturalezas por igual, sino que se hace una aclaración discriminatoria en la que se explica según cuál de las naturalezas se atribuye a la persona una determinada propiedad. De ahí que se diga: «El Hijo de Dios nació de la simiente de David según la carne» (Ro. 1:3) y «Cristo fue muerto en la carne y ha padecido por nosotros en la carne» (1 P. 3:18 y 4:1). (Libro de Concordia, Dec. Sól. VIII, 36-37, p. 650).

Segundo: En lo concerniente al ejercicio de su oficio por parte de Cristo, la verdad es la siguiente: La persona actúa y opera no *en, con, mediante o según* una naturaleza sola, sino *en, según, con y mediante* ambas naturalezas, o como lo expresa el Concilio de Calcedonia: Una naturaleza obra en comunión con la otra lo que es propiedad individual de cada una. Consecuentemente, Cristo es nuestro Mediador, Redentor, Rey, Sumo Sacerdote, Cabeza, Pastor, etc., no según una naturaleza sola, ya sea la divina o la humana, sino según ambas naturalezas (Libro de Concordia, Dec. Sól., VIII, 46, p. 652).

Tercero: Un asunto muy distinto es, sin embargo, cuando se pregunta, habla o trata acerca de si entonces, las dos naturalezas unidas en la persona de Cristo no poseen algo diferente o algo más que sus propiedades naturales y esenciales únicamente; pues que las poseen y las retienen, ya fue mencionado antes). ... Sin embargo, la falsedad e incorrección de esta opinión resulta tan evidente a base de lo que dice la palabra de Dios, que los mismos secuaces de quienes la sostuvieron, ahora censuran y rechazan este error. Pues tanto la Sagrada Escritura como los antiguos Padres, basándose en ella, atestiguan en forma incontrastable que la naturaleza humana en Cristo, a causa de y por el hecho de haber sido unida personalmente con la naturaleza divina de Cristo, y glorificada y exaltada a la diestra de la majestad y el poder de Dios una vez depuestos su forma de siervo y su estado de humillación, recibió también ciertas prerrogativas y excelencias adicionales, y que sobrepasaban sus propiedades naturales, esenciales y permanentes, a saber: Prerrogativas y excelencias especiales, sublimes, grandes, sobrenaturales, inescrutables y celestiales de majestad, gloria, poder y señorío sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo sino también en el venidero (Ef. 1:21). (Libro de Concordia, Dec. Sól., VIII, 48-51, p. 652-653).

## V. Por qué Jesús tuvo que ser Dios y hombre

### (1) *El porqué Jesús tuvo que ser hombre*

Hebreos 2:14-17 nos ayuda a comprender por qué Jesús tomó un cuerpo humano y vino a este mundo. “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, **él también participó de lo mismo** para destruir **por medio de la muerte** al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y **librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre**. Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual **debía ser en todo semejante a sus hermanos**, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, **para expiar los pecados del pueblo**”. Toda la gente es pecadora por naturaleza y peca diariamente en pensamientos, palabras u obras. El pecado tiene por pago la muerte eterna en el infierno. Empero, nadie puede salvarse de la muerte eterna; todos necesitan a un Salvador. Por eso Dios prometió a Adán y a Eva que enviaría a un Salvador. Por eso Jesús vino al mundo. Jesús tomó un cuerpo humano para obedecer plenamente la ley de Dios como el sustituto de toda la gente (Gl 4:4,5); para tomar los pecados de todas las personas (2 Co 5:19-21); para morir y pagar el rescate por los pecados de todos (He 10:5-10; 1 Jn 2:2); para ser abandonado por Dios en lugar de toda la gente (Mt 27:46).

### (2) *Por qué Jesús tuvo que ser Dios*

Según el Salmo 49:7, ningún hombre puede redimir la vida de otro ni dar a Dios un rescate por él. La historia del joven rico nos recuerda esto (Mt 19:16-24). Si hubiera un santo perfecto, es cierto que se salvaría, pero no tendría ningún mérito excedente que podría pasar a otra persona (E. W. A. Koehler, Compendio de la Doctrina Cristiana, St. Louis: Concordia, 1993, p. 129). También es obvio que nadie puede destruir a Satanás, el que tiene el imperio de la muerte. Satanás tuvo éxito en tentar aun a Adán y Eva, que eran santos y tuvieron un conocimiento perfecto de Dios. Nosotros somos pecadores por naturaleza y no tenemos un conocimiento perfecto de Dios. ¿Cómo podemos vencer todas sus tentaciones astutas? **Sólo Dios puede vencer las tentaciones de Satanás**. Porque Jesús era **el santo y el Hijo de Dios** (Lc 1:35), **no tuvo el pecado original. Jesús no cometió ningún pecado con sus pensamientos, palabras ni obras**. La Biblia dice: “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno (Jesús) que **fue tentado en todo** según nuestra semejanza, **pero sin pecado**” (He 4:15). 2 Co 5:21 dice que **Jesús no tuvo pecado**. Otra cosa que sólo Dios puede hacer es levantarse de los muertos. **Jesús tuvo que ser Dios para poder resucitar. Tuvo que ser Dios para probar por medio de su resurrección que había cumplido su tarea como el Salvador del mundo**.

## VI. Conclusión

Antes de terminar este ensayo, recordemos la pregunta de Jesús en Mateo 16:13-17. Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es **el Hijo del hombre**?” Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas. Él

les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Simón Pedro dijo en representación de todos: “Tú eres el Cristo, **el Hijo del Dios viviente**”. Jesús aceptó esta confesión y dijo a Pedro: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque **no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos...** y sobre esta roca (no la persona de Pedro, sino la confesión que hizo) edificaré mi iglesia y las puertas del Hades no la dominarán”. La iglesia cristiana que ni aun Satanás puede vencer está edificada sobre la “roca sólida” — es decir, aquel que es el Hijo del Hombre y que al mismo tiempo es el Hijo del Dios viviente. Permítanme hacerles todavía dos preguntas más antes de cerrar este ensayo. ¿Quién dice la gente que es Jesucristo en nuestro tiempo? Podemos escuchar muchas respuestas extrañas. Pero, ¿qué tal ustedes? ¿Quién dicen ustedes que es Jesús? Por supuesto, usted y yo seguimos lo que dice la Biblia. Creo, confieso y enseño que Jesucristo, verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también **verdadero hombre**, nacido de la virgen María, es mi Señor. Sé que están de acuerdo. Me regocijo que por la obra misericordiosa del Espíritu Santo Dios nos ha dado esta fe y confesión común, que se proclama al mundo por medio de nuestra comunión unida, nuestras actividades y nuestra confesión. Qué nuestro Dios siga bendiciendo nuestra confesión para su gloria y para el bien de todos.

## **Bibliografía**

- Kuske, D. P., Luther's Small Catechism, Revised Version, Milwaukee, NPH  
Fehlauer, A. F., Catechismo Lessons, Pupil's Book, Milwaukee: WELS Board for Parish Education, 1981  
Koehler, E.W.A., Luther's Small Catechism, Indiana: CTSP  
Wendland, E.H., The People's Bible, Exodus, Milwaukee: NPH  
Braun, J.A., The People's Bible, Isaiah 40-66, Milwaukee: NPH  
Balge, R. D., The People's Bible, Acts, Milwaukee: NPH  
Panning, A. J., The People's Bible, Romans, Milwaukee: NPH  
Mueller, W. D., The People's Bible, Revelation, Milwaukee: NPH  
Koehler, E. W. A., Un Compendio de la Doctrina Cristiana, St. Louis: CPH  
Mueller, John T., Christian Dogmatics, Volume II, St. Louis: CPH  
Balge, R. D., Sermon Study on the Gospels, (ILCW), Series A, Milwaukee, NPH  
Balge, R. D., Sermon Study on the Epistles, (ILCW), Series B, Milwaukee, NPH  
Balge, R. D., Sermon Study on the Epistles, (ILCW), Series C, Milwaukee, NPH  
Franzmann, W. H., Bible History Commentary, New Testament, Volume II, Milwaukee, WELS Board for Parish Education, 1981  
Luther, Martin, Commentary on Romans. Translator J. Theodore Mueller, Michigan: Kregel Publications, 1992  
Jeske, J. C., Christology and Justification: A Vital Link, presented to the Convention of the Western Wisconsin District of the WELS, 1998  
Becker, S. W., God Manifest in the Flesh: The Mystery of the Personal Union. Concordia Self Study Bible, St. Louis: CPH  
Libro de Concordia, St. Louis: CPH  
Proceedings of the CELC, Milwaukee: NPH, 1993.

